

# EN RECUERDO DE ENRIQUE PÉREZ ÁMEZ

José A. Samaniego Burgos

Conocí a Enrique Pérez Ámez en la estación de autobuses de Oviedo, el 31 de enero de 2006. Allí le hice cuatro fotos, entre las que él escogió una de frente, mirando a la cámara. Y sonriendo como siempre. Enrique venía desde la residencia geriátrica de La Bañeza a ver a su cardiólogo. Y cantaba aquello de “Sr. Doctor míreme Vd., mi corazón no marcha bien... Dígame Vd. si sirve para amar o si lo tengo que trasplantar” (Los Payos, años 60)... Bueno, eso se lo cantaba yo. Y él no decía ni pío. El diálogo continuaba así: “Que sirve para amar lo tienes demostrado”. “Entonces ha servido para todo. Pero ahora está tocado del ala”

Un par de meses después, el 18 de marzo de 2006 fui con Casimiro Bodelón a comer a La Bañeza. Éramos cuatro: Albino Eusebio Ortiz Pérez, Enrique Pérez Ámez, Casimiro y yo. Comimos en un restaurante pegado a la gasolinera que hay junto al seminario convertido en asilo de ancianos. Luego a Enrique lo echaron de La Bañeza porque hacía mucho ruido con sus homilias no ortodoxas y especialmente al publicar “Reflexiones a la oreja del burro Felisario”. No era bueno que estuviera en León quien había convertido a tantos curas diocesanos al Opus. Llegó en otoño de 2008. Primero estuvo en la residencia de Albandi, camino de Candás. Y luego bajó a la recién inaugurada residencia del Parque del Lauredal, en el barrio de La Calzada, Gijón, también de “Mensajeros de la Paz.” En ambos lugares Enrique se hacía amigo de todo el mundo, llevaba alegría a la gente, bromeaba de principio a fin. En Albandi subía a comer o a charlar al restaurante Torrontegui, que tiene una hermosa arboleda y está especializado en cordero a la estaca. Como la cuesta era empinada, se hizo llevar por uno de los chavales que allí vivían, pero a costa de pagarle un motor más potente para su motocicleta. En el Parque del Lauredal salía a tomar café y gastaba continuas bromas a la gente que servía en la barra.

En los últimos meses se relacionaba con un grupo de curas del barrio de La Calzada, entre ellos José María Bardales, párroco de Fátima y José Manuel Álvarez “Peque”(cinco años en Burundi, padece malaria), párroco de Jove. Ellos se habían adelantado a una llamada del obispo Elías Yanes- retirado en Zaragoza- a don Raúl Berzosa, administrador apostólico del arzobispado de Oviedo, que se interesó por Enrique. Enrique conoció a Berzosa durante una visita que el obispo hizo a la recién inaugurada residencia de El Lauredal. Y unos días después de su muerte, se celebró en la capilla de esta residencia un funeral presidido por don Raúl Berzosa, concelebrando

Bardales y “Peque”. El obispo dio las gracias a todos por lo bien que habían tratado a Enrique Pérez Ámez y le hizo una loa de rigor.

He discutido mucho con Enrique. Sangraba por la herida. Sustentaba opiniones muy radicales acerca de la Iglesia, especialmente del Opus Dei, que le había hecho la vida imposible.

Enrique era discreto en cuanto a su vida privada. Nunca me contó el proceso que le llevó al abandono de su ministerio, ni las penalidades sufridas cuando dejó su puesto de canónigo penitenciario de Toledo. Tampoco decía una palabra acerca de la madre de su hijo y las circunstancias de este encuentro.

Un día me contó que cenando en casa del Gobernador Civil de Toledo durante los años de la transición, estaba invitado también José Bono. Enrique le pidió al Gobernador que mandara marchar a unos policías de la secreta que andaban tras de Bono y le esperaban en la calle. Y así fue. Enrique acompañó a casa a José Bono aquella noche. Luego, cuando la vida de Enrique cambió radicalmente, José Bono le ofreció un puesto en la administración de Castilla-La Mancha. Y Enrique no quiso, diciendo que no podía poner sus conocimientos de la ciudad y de la gente de Toledo al servicio de un partido político. Siempre le respeté por esto.

Aún no había cumplido los 33 años y tuvo que esperar un par de meses para tomar posesión de su cargo como Canónigo Penitenciario de la Catedral de Toledo. En esta época Enrique Pérez Ámez fue todo un personaje en la diócesis. Dirigía los colegios diocesanos que fundó el arzobispo Marcelo González Martín (1972-1995) con quien trabajaba en estrecha colaboración. Era responsable de los planes de pastoral y portavoz del arzobispado ante los medios de comunicación. Daba clases de Teología en el Seminario y ejercía como jefe de estudios. Por entonces fueron sus discípulos Jesús Sanz, actual arzobispo de Oviedo, y Munilla, obispo de San Sebastián.

JOSÉ A. SAMANIEGO B.

Murió Enrique Pérez Ámez el 28 de Enero de 2010 en el hospital de Oviedo, a donde fue trasladado desde el Hospital de Jove (Gijón), su centro médico de referencia. Fue llevado a enterrar a su pueblo de León, Laguna Dalga.

Podéis encontrar escritos y noticias suyas en las páginas web de [www.opuslibros.org](http://www.opuslibros.org) y [www.opusvalladolid.wordpress.com](http://www.opusvalladolid.wordpress.com)

Ver el cariñoso recuerdo que le dedica “El blog de José Manuel Areces”, que le llama “El Abuelo”, como Enrique era conocido en el ambiente de este autor.

El Enrique más ácido y disolvente aparece en su libro “Reflexiones a las orejas del burro Felisario” y en su página [www.lahigueradezaqueo.com](http://www.lahigueradezaqueo.com), que empezó el 5 de febrero del 2009 y cuidó hasta sus últimos días, ya casi moribundo. En un año ha recibido más de 20.000 visitas. Esta página se encuentra ahora dentro del sitio “Ajimez”. Enrique ha dejado amigos que continuarán su memoria.

En nuestro capítulo 5 de [www.seculares.es](http://www.seculares.es) sobre “Estudios y trabajos”, tenemos los siguientes escritos de Enrique:

Del coro al caño 2007

Homilias no ortodoxas

Homilias 2008

Promoción del burro Felisario

Currículum personal. 15-05-2006

El miedo al síndrome de Estocolmo 11-09-2006

Prólogo a “El silencio de Dios”